

los labios entreabiertos y carnosos de otra, la soltura y gracia en el andar de una tercera, y el cutis anacarado, la melodiosa voz, y la simpatía personal que, en mis análisis del bello sexo no me había sido dado admirar aún.

Era joven yo y todavía lo era mas ella, cuando en una de mis correrías la ví por vez primera en una población francesa. Yo chapurreaba el francés y ella un poco el español. Así logramos sostener conversaciones luego de ser presentados por un industrial de aquella ciudad. Hablamos de este mundo y también del otro, llegando a comprender con nuestros pocos años, el más allá, que tantos sabios a los ochenta no llegan a descifrar aún. Su nombre era Annette, que si es dulce, doblemente lo era al pronunciarlo ella.

Solo permanecí tres días en aquella población, durante los cuales la ví unas seis veces, hablándonos más con los ojos que con la boca. Me porté a ratos como un niño y como un hombre desesperado en otros. Es la vez que he estado más cerca de faltar al primer mandamiento de la Ley de Dios, pues debido a su angelical rostro que ni en imagen alguna había podido ver, casi llegué a adorarla.

No sé como pasó el tiempo, el caso es que pensando en ella o mirándola, marché de la ciudad sin haber solucionado lo que fué objeto de mi viaje.

La despedida no tuvo ninguna emoción fuera de lugar. Yo por mi parte, que me consideraba en aquellos momentos dueño del mundo, marchaba con gran seguridad, — sin pensar que en este mundo no hay nada absoluto ni eterno, — de volverla a ver pronto, muy pronto, y en los ojos de ella leí, que ya había aprendido a leer en ellos, la promesa de una espera prolongada justamente hasta mi regreso.

¡Cuanto había de suceder en mí antes de verla nuevamente! Que inocente aquella seguridad de mi pronto regreso! ¡Que duro ser hombre, y pensar hemos sido adolescentes! Y que todavía hay hombres que pretendan ridiculizar al adolescente, cuando son ellos quienes pueden prescindir de todo, porque saben amar y saben soñar.

A los pocos días de mi regreso aquí, con los asuntos tal como me los llevé, pero con un no se qué, que me hacía mirar unas cosas con indiferencia y otras con aire de superioridad, un hecho inesperado alzaba una barrera entre nosotros, que amenazaba acabar con nuestro idilio, y si bien la escribí, al ausentarme de mi habitual residencia, las cartas de ella fueron devueltas según me comunicaron luego unos vecinos.

Durante este tiempo, pasaron en mí cosas que vinieron con una precipitación no habitual. Aprendí de miserias, maldades, envidias y venganzas. Algo que hubiera sido mejor no conocer nunca. Me encontré joven de edad pero niño de espíritu, pues creía que las falsas pasiones eran solo obra de Satán, y por lo tanto aceptadas como expansión solo en los infiernos.

Pero del mismo modo que había sabido encontrar un algo en cada mujer, me dí cuenta de que también cada hombre tenemos nuestras pasiones, que solo la voluntad que Dios nos dá, es capaz, actuando como freno, de conservarlas en nuestro interior, sin salir fuera con todas sus consecuencias.

Y así, si no del todo desilusionado de la vida, si algo escéptico, volví al cabo de cuatro años a escribir a aquella mujer que sobre mi ser tan diferente me hiciera ver y concebir el mundo.

La carta, que si no estaba redactada como las anteriores puse en ella mi resto de juventud y esperanza, cosa que no era difícil lograr pensando en ella, me fué devuelta.

Y allí en mi habitación hay su retrato. Retrato al que se me va la vista incluso alguna vez cuando rezo a la Virgen, la que estoy seguro perdona mi falta, pues fué precisamente la cara de Annette, la que me hizo pensar en lo hermosa que debe ser la Madre de Dios en los cielos, cuando Dios nos daba a admirar rostro y figura tan bella en esta tierra.»

Después de una pausa que aprovechó Gonzalo para estrujar en el cenicero los restos de su cigarrillo que terminó justamente con el relato y que aprovechamos nosotros para mirarnos suspendidos y clavar nuevamente en él la vista, dijo con cierta melancolía.

«Comprenderéis ahora porque rehuyo el amor de una mujer. He de ser fiel a la mirada y al recuerdo de aquella que es faro y guía de mi sentir, de mi ansia y de mi deambular por el mundo.»

---

Señora: ¿Ha probado Vd. SALL? Pruébelo y se convencerá